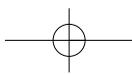
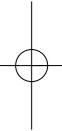
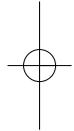
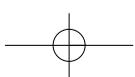
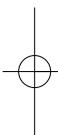
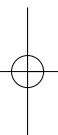


PRIMERA PARTE
La señora Dempster





1

Mi relación con la señora Dempster, que duraría toda la vida, empezó exactamente a las 5:58 de la tarde del 27 de diciembre de 1908, momento en el cual yo contaba diez años y siete meses de edad.

Puedo citar la hora con absoluta certeza porque aquella tarde había estado montando en trineo con mi amigo y enemigo de toda la vida, Percy Boyd Staunton, y nos habíamos peleado porque su nuevo trineo, que le habían regalado en Navidad, no era tan rápido como el mío, ya viejo. Nunca nevaba demasiado en nuestra esquina del mundo, pero aquella Navidad había nevado tanto que las briznas más altas de la hierba seca de los campos habían quedado prácticamente cubiertas. En tales circunstancias, su trineo, con altos patines y un estúpido dispositivo para manejar la dirección, resultaba torpe y propenso a engancharse; en cambio, mi viejo y bajo trasto casi habría podido deslizarse por la hierba sin nieve alguna.

La tarde había resultado humillante para él; y cuando Percy se sentía humillado, se mostraba vengativo. Sus padres eran ricos; su ropa era elegante, y sus mitones eran de piel y procedían de una tienda de la ciudad, mientras que los míos habían sido tejidos por mi madre; en consecuencia, era manifiestamente incorrecto que su magnífico trineo resultara más lento que el mío y, ante semejante injusticia, Percy se puso de

mal humor. Despreció mi trineo, se mofó de mis mitones y al final se atrevió a decir que su padre era mejor que el mío. En lugar de golpearlo, acto que podría haber desencadenado una pelea que terminara en empate o incluso en una derrota para mí, le dije que me marchaba a casa y que se podía quedar con todo el campo. Fue hábil por mi parte, porque sabía que llegaba tarde a cenar, y una de las normas familiares era que nadie, en ninguna circunstancia, podía llegar tarde a una comida. De modo que cumplí la norma familiar y, de paso, dejé plantado a Percy.

En el camino de regreso al pueblo, Percy me siguió y empezó a insultarme. Como yo seguí caminando, él intentó provocarme y me dijo que me tambaleaba como una vaca vieja, que mi gorro de lana era lo más absurdo que había visto en su vida, que mi espalda era enorme y temblaba al andar, y otras cosas por el estilo, porque su imaginación resultaba más bien escasa. No dije nada, porque sabía que mi silencio lo molestaba más que cualquier réplica, y que cada vez que me gritaba quedaba en entredicho.

Nuestro pueblo era tan pequeño que se estaba en él de repente; carecía de esa dignidad que otorgan unas afueras. Tomé nuestra calle acelerando el paso porque acababa de mirar de forma ostentosa mi nuevo reloj de Navidad de un dólar —Percy tenía reloj, pero no lo llevaba porque era demasiado bueno—, y había observado que eran las 5:57. Sólo tenía tiempo de entrar, lavarme las manos del modo ruidoso y chapoteante que parecía gustarles a mis padres, y estar en mi silla a las seis, con la cabeza inclinada durante la bendición de la mesa. Para entonces, Percy estaba fuera de sí y yo sabía que le había estropeado la cena y, probablemente, el resto del día. Y entonces sucedió lo imprevisto.

Por delante de mí, calle arriba, paseaban el reverendo Amasa Dempster y su esposa. Él la llevaba cogida del brazo y estaba inclinado sobre ella, con su típica actitud protectora. Yo estaba familiarizado con la escena porque siempre salían a pasear a aquella hora, tras el anochecer y cuando casi todo

el mundo estaba cenando; lo hacían así porque la señora Dempster iba a tener un niño, y en nuestro pueblo no era habitual que las mujeres embarazadas se mostraran descaradamente en la calle si tenían una posición que cuidar; por supuesto, la esposa de un sacerdote baptista tenía una posición.

Percy me había estado arrojando bolas de nieve y yo las había esquivado todas. Poseía una especie de intuición infantil y sabía cuándo se aproximaban; además, conocía bien a Percy y sabía que intentaría alcanzarme entre los hombros con una última e insultante bola antes de que consiguiera entrar en mi casa. Por eso, avancé con pasos enérgicos, sin correr, pero sin parsimonia, y adelanté a los Dempster justo cuando Percy lanzó. La bola de nieve golpeó a la señora Dempster en la parte trasera de la cabeza. Ella gritó y, aferrándose a su marido, cayó al suelo. Seguramente, él podría haberla sostenido si no se hubiera girado de repente para ver quién había arrojado la bola.

Yo tenía intención de entrar a toda prisa en nuestra casa, pero me quedé helado al oír el grito de la señora Dempster. Era la primera vez que oía gritar de dolor a un adulto, y el sonido me pareció terrible. Tras caer, rompió a llorar y súbitamente se encontró allí, en el suelo, con su marido arrodillado a su lado, abrazándola y susurrándole palabras cariñosas que me parecieron embarazosas y extrañas; hasta aquel momento, nunca había oído a ninguna pareja casada, ni a ninguna otra persona, pronunciar abiertamente palabras de amor. Yo supe que estaba contemplando una «escena», y mis padres siempre me habían advertido contra las escenas, porque las consideraban una grave transgresión del decoro, así que me quedé boquiabierto. Entonces, el señor Dempster se fijó en mí.

—Dunny —dijo—, préstame tu trineo para llevar a mi esposa a casa.

Yo ni siquiera sabía que conociera mi nombre. Me sentía arrepentido y culpable, porque sabía que la bola de nieve iba dirigida a mí, pero los Dempster no parecieron darle ninguna importancia. Él puso a su esposa en mi trineo, lo cual no fue

20 ROBERTSON DAVIES

difícil, porque era una mujer pequeña, y mientras yo tiraba en dirección a su casa, él comenzó a caminar a su lado, inclinándose con dificultad y pronunciando dulces palabras de apoyo y ánimo, porque seguía llorando, como una niña.

Su casa no estaba lejos; en realidad, se encontraba a la vuelta de la esquina. Pero cuando llegamos, y el señor Dempster llevó a su esposa al interior, dejándome fuera, ya pasaban varios minutos de las seis, y yo llegaba tarde a cenar. A pesar de ello, corrí a casa, deteniéndome sólo un momento en el lugar del accidente, me lavé las manos, me senté a la mesa en mi sitio habitual y me excusé mirando directamente a los ojos severamente interrogativos de mi madre. Le conferí al relato un sesgo ligeramente histórico, enfatizando de forma firme pero no absurda mi papel de buen samaritano, y evité cualquier información o conjetura sobre la procedencia de la bola de nieve. Por suerte para mí, mi madre no incidió en aquel detalle; estaba mucho más interesada por la señora Dempster, y cuando concluyó la cena y ya había lavado los platos, le dijo a mi padre que iba a casa de los Dempster por si podía ser de alguna ayuda.

Fue una decisión extraña por parte de mi madre, porque, por supuesto, nosotros éramos presbiterianos, y la señora Dempster era la esposa de un párroco baptista. En nuestro pueblo no había conflictos por las creencias religiosas, pero se daba por sentado que cada cual se ocupaba de sus propios asuntos, a menos que surgiera un problema especialmente grave, en cuyo caso se podía pedir ayuda externa.

Sin embargo, mi madre era especialista, de una forma modesta, en cuestiones relacionadas con el embarazo y el parto. En cierta ocasión, el doctor McCausland le había dedicado el gran cumplido de afirmar que «la señora Ramsay tiene la cabeza sobre los hombros», y ella siempre estaba dispuesta a poner su sensatez al servicio de cualquiera que la necesitara. Además, sentía una gran debilidad, que nunca mostraba de forma obvia, por la pobre y tonta señora Dempster, quien todavía no había cumplido los veintiún

años y era totalmente inadecuada para ser la esposa de un pastor.

De modo que ella se marchó y yo me puse a leer la edición de Navidad del *Boy's Own Paper*, mientras mi padre leía algo que parecía pesado y tenía pocas ilustraciones, y Willie, mi hermano mayor, leía *The Cruise of the Cachalot*. Todos estuvimos sentados alrededor del brasero, con los pies apoyados en la barra de níquel, hasta las ocho y media, cuando a los niños nos enviaron a la cama. Siempre he tardado en conciliar el sueño, y permanecí despierto hasta que el reloj del piso inferior dio las nueve y media; poco después, oí que mi madre regresaba.

En nuestra casa había una estufa cuyo tiro, que iba del salón al pasillo del piso superior, era un excelente conductor del sonido. De modo que salí al corredor mientras Willie dormía como un lirón, acerqué la oreja al metal tanto como me lo permitió el calor, y oí que mi madre decía:

— Sólo he vuelto a recoger unas cuantas cosas. Es probable que me lleve toda la noche. Saca del baúl todos los pañales, y luego ve a buscar a Ruckle y dile que saque de la tienda un rollo de algodón grande, del mejor que tenga, y que lo lleve a casa de los Dempster. El médico ha dicho que lleve dos si no tiene ninguno grande.

— ¿Quieres decir que va a dar a luz?

— Sí; se ha adelantado. No me esperes despierto.

Por supuesto, él esperó despierto. Mi madre volvió a casa a las cuatro de la madrugada, y su voz me pareció serena cuando les oí hablar, pero poco después regresó a casa de los Dempster. Por qué, no lo sé. Yo también seguí despierto, sintiéndome culpable y extraño.

Así fue como Paul Dempster, con cuya reputación, indudablemente, estará usted familiarizado, aunque no lo conozca por ese nombre, nació prematuramente en la mañana del 28 de diciembre de 1908.